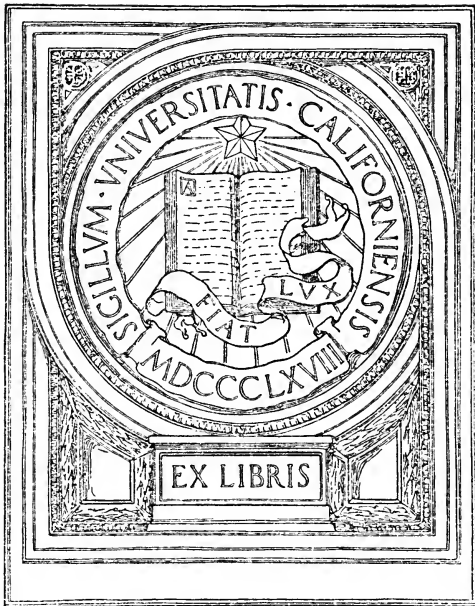


E
735
.D5



BANCROFT LIBRARY

204 Bancroft Library

GIFT OF
F. S. PHILBRICK

NOV 5 1935

España

EN LA GUERRA



ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL CONFLICTO IBÉRICO-AMERICANO

POR

Juan Pedro Didapp



PUEBLA

IMPRENTA DEL AUTOR

2ª de Santo Domingo, 14.

1898

España

EN LA GUERRA



ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL CONFLICTO IBÉRICO-AMERICANO

POR

Juan Pedro Didapp, *d. 1914.*
//



PUEBLA

IMPRENTA DEL AUTOR

2^a de Santo Domingo, 14. •

1898

E 735
D5

Nora.—El Sr. Hidalga, mediante una atenta carta, nos suplica hagamos constar que es Mexicano. Quedan obsequiados sus justos deseos dándole las gracias por la atención.

Á MIS DISTINGUIDOS AMIGOS

EL VIRTUOSO É ILUSTRADO SACERDOTE

Br. Don Bernardo Berro-Pereira

Y EL ESCLARECIDO Y OPULENTO BANQUERO

Don Agustín Hidalgo,

Insignes españoles.



allar á la vista de la actual contienda que peligra los intereses españoles así como latino-americanos, es ser traidor á las voces de la conciencia y á la causa bajo cuyo estandarte se milita; porque el silencio en estos momentos de transición es un crimen y el mutismo es un delito. No seré yo quien acepte el dictado de traidor, indigno adjetivo para un pecho probado en los crisoles del combate, derramando la sangre en los altares de la libertad; por lo mismo salto á la arena, desenvainando mi espada y la suspendo sobre el cuello de los serviles.

Amigos: ustedes en su calidad de nobles é hidalgos españoles y yo en la de nacional, borremos de la histo-

ria el nombre de los **yankees** que ultrajan los fueros de la humanidad cristiana.

Ya que es preciso luchar, luchemos y no se diga que somos hijos espurios de la patria. El lugar que les sirve á ustedes de albergue es centro de religión y patriotismo, donde mi espíritu se transporta á lo sublime, considerando los eminentes hechos históricos que allí tuvieron acontecimiento; y no se extrañe que los elija como frondosos árboles para que le den sombra á este peregrino que canta al pie de vuestros troncos. Divís bajo los rayos de un sol hermoso y en una ciudad de ángeles, por eso admiro vuestra suerte y me conformo con tributar un público homenaje, como símbolo de adhesión, á Puebla y á sus hijos.

Puebla, mayo de 1898.

JUAN PEDRO DIDAPP.

I

Ante España.

Al ver tus níveas tocas de virgen pura en desorden, y tus límpidos velos manchados con sangre, acá, á mis solas, y destrozado el corazón, me digo: el ángel de la discordia y el dios de la guerra ciernen sus negras alas sobre la tierra que adoro.

El honor, la dignidad, te arrojaron al combate que yo bendigo. Aquí se decidirá tu suerte: ó eres la misma madre de Pelayo y Carlos V, ó la imagen de Troya, cuyos escombros, estático y con religiosa veneración, admira el viajero.

Si pereces, sobre tus cenicientas ruinas quedan tus victorias, dando majestuoso fulgor á las estrellas y más espléndida y sublime luz al sol.

Te hallas en agitación; estás mostrando al extranjero que vales. Has nacido para el combate, tu sueño es pelear, tu epopeya es la guerra. ¿Cuándo has estado en quietud pacífica, heroína de Lepanto?

Tus cañones siempre han hecho oír su estampido á lo largo de tus fértiles playas, repercutiendo sonoro en

las costas vecinas: el fragor de la metralla siempre ha nublado la extensión de tu diáfano cielo.

Antier peleabas contra el extranjero, derrotando valiente sus huestes. No hace mucho, en los albores sublimes de este siglo de ciencia y dinamita, de progreso y destrucción, saludabas con la espada fuera de la vaina, vibrando hasta en la cóncava superficie de esa bóveda celeste que nos cubre, al héroe temible que iba por todas partes sembrando victorias. Los tumbos armónicos del Rhin y Neva, los muros derrumbados de Austerlitz y Jena, las gigantescas olas del Mediterráneo, al reventar en las aguerridas rocas europeas, tejen la guirnalda más grandiosa de aquel formidable guerrero, que destruyó cetos y coronas, reduciendo á polvo los tronos.

Pero en las columnas de Santa Elena tienes, egregia España, escrita tu epopeya, cuando débil é infeliz, entregada á merced de los magnates, lo estrellaste contra sus arrecifes. Allí están las cadenas que cuentan tus hechos gloriosos; están sellados con la sangre de ese Marte, genio de la guerra, cuya sombra aun hace postrar de rodillas al mundo entero. Él duerme, pero su sepulcro es un reto á las naciones.

Sus restos inmortales inmortalizarán tus épicas hazañas.

También ayer, como un lago de sangre, oscilaba rojo tu suelo; el clarín anunciaba el triunfo en Sagunto de la actual dinastía. Se han sucedido tus victorias, como las ondas del mar, unas á otras. Has nacido combatiendo, y ese camino seguirás con triunfos. Siete siglos

luchaste para obtener, á la poderosa voz del héroe de Covadonga, tu soberana independencia. ¡Dios quiera que sin mancha ni baldón la conserves siempre!

Productivas son tus vegas, hermosa cuna de mis mayores, porque sangre humana las fecundiza.

Brilló tu acero y fué hecho pedazos el alfange del moro cayendo exánime á los pies de tus guerreros. Levantóse el hijo del Profeta, y vió su desgracia escrita en las esbeltas torres de Córdoba y Granada, rodando con huestes y media luna entre los cascos de tus marciales corceles; y sonó el himno triunfal que cantan las ondas del Guadalquivir y Tajo, formando eco en toda la extensión de los Pirineos y Alpes.

En las columnas de Hércules se hallan grabados tus eminentes hechos de luz y gloria.

Hoy se levantan contra ti tus propios hijos, ó los hijos ingratos que librate de la esclavitud y de la opresión.

Guiada por tu espíritu humanitario, redimiste á gente servil que paga un favor con el traidor filo de la espada.

Tus colonias se insurreccionan, queriendo sacudir tu dominio: el hijo comete el parricidio, regando con sangre el suelo. Pero acaso ¿no sabrás castigar la osadía del rebelde? ¿Permitirás una mancha siquiera sobre tus hermosos colores de rojo y gualda?

El murmurar de tus pintorescas selvas y el arrullo de tus deliciosas brisas me dicen que jamás tolerarás tal cosa.

Tus glorias pasadas piden renovación.

Tu cielo escribió ¡guerra!

Y tus jardines respondieron ¡guerra sea!

Todavía España te llamas, ni habrá poder capaz para quitarte el nombre que por cada letra trae cien mil victorias.

Tu suelo será arrasado, pero jamás mermado; y para el que ose hacerlo venir á menos, aun hay alfanges que tronchen cervices como en otro tiempo cuellos de moros.

Tén fe en esa Cruz grandiosa que empuñaron tus héroes que muertos viven, y serás salva. Tú no has provocado, has sido provocada; y el que provocado muere, no se afrenta, es héroe como el que vence. En cambio, el audaz que reta, favorecido por la ventaja que da la fuerza, si triunfa, es un baldón su victoria, y si perece, es el escarnio del mundo entero.

¿Qué te aflige, pues? Vencida, serás grande; vencedora, serás sublime.

El que en defensa de su honra se lanza al combate, va con la conciencia límpida y tranquila. Ante los ojos del mundo culto es glorioso su proceder, sea que derrote ó que lo derroten.

No sólo el que gana es grande, grande se llama el que se resuelve á morir en defensa propia.

Tu enemigo es de constitución extraordinaria, pero David hace rodar á sus pies la cabeza del gigante Goliath, á pesar de la enorme desigualdad de estatura.

Siempre que el cuerpo sea basto, el alma suele ser muy pequeña: en cuerpo grande, alma pigmea.

No debe ser muy valiente tu enemigo, puesto que

busca aliados; y tu heroísmo no tendrá igual en la historia, cuando te arrojas sola á la lucha.

¡Tu ejemplo en este caso maravilla!

Yo, al ver tu épico arrojó, digo: Si es la misma España de ayer, no podrá ser vencida.

¡Oh, homérica España, noble madre de mis mayores! á la guerra, que yo ante ti me arrodillo.

¡Salve! ¡Yo te saludo!

II

Sí España desaparecerá ahora de Europa.

De una manera muy pérfida y sacrílega han preguntádose los mezquinos de almas serviles, cuya frente trae el estigma de la traición: ¿España desaparecerá de Europa?

Unos á otros, sin ningún escrúpulo de conciencia, hánse respondido: La Iberia se borraré del mundo civilizado.

Los que así lo creen y afirman, en verdad que son muy dignos de la hoguera, por blasfemos. España jamás desaparecerá del mapa, ni habrá nadie que se atreva á disminuir sus glorias. Nosotros, erguida la cerviz y con el magno libro de la historia ante los ojos, decimos: El pueblo español es lo que el pueblo hebreo era á través de guerras sin cuento y haciendo que la sangre forme caudalosos ríos hasta penetrar en la Tierra Prometida. Habrá obstáculos á la entrada, pero serán derribados, sin menoscabo de la integridad española.

El pueblo hebreo fué el azote de gentiles y paganos, el pueblo español será la espada suspendida sobre la cabeza del yankee: nadie tema una derrota vergonzosa.

¿Por qué habíamos de pronosticar la ruina de nuestra madre? Siempre débil, la hemos visto salir victoriosa; por ella vigila el que con una mirada vence á todas las huestes guerreras.

¿Que ahora está exhausta de fuerzas y elementos? Con pocos elementos siempre ha contado, y sin embargo, en todas partes ha brindado á las páginas de la historia laureles inmarcesibles. En todas sus guerras ha salido con su hermoso estandarte sin mancha. No hay, pues, motivo para predecir ruina á la que siempre ha sido temible en el mundo del combate.

Ciertamente, un poderoso enemigo la provoca y la arrastra á la guerra; ¿y no fué más formidable el héroe de Sebastopol?

Preguntadle su historia, que os la cuente.

Evidentemente que los yankees no servirían ni para descalzar al épico hombre de la Francia moderna, cuya memoria hace temblar al mundo. No contaba con muchos medios España entonces, y con todo y eso pudo repeler heroica los escuadrones del eminente general del siglo. Al compás sonoro y melancólico de la Marsellesa, huye medroso el terror de la guerra y azote de la Europa, mientras que España, en marcha victoriosa, váse en triunfo por los caminos de Bailén, dejando grabadas sus glorias en San Marcial.

Si de un enemigo de ese porte, eminente en todo extremo, salió cantando triunfo la que hoy se tira sola

y aislada al combate, no se dude que nunca desaparecerá del mundo; seguirá, sin temor alguno, siendo la misma de siempre.

Se ha creído impunemente en un heroísmo yankee capaz de destruir y amedrentar al español, lo cual es una quimera y fatua visión. Con franqueza confesamos de nueva cuenta, y lo haremos todas las veces que sea necesario, que los Estados Unidos de América NO FORMAN UNA NACIÓN GUERRERA, y el triunfo español es seguro.

En todos los círculos antiespañoles se pregona el poder del yankee, porque tiene unos cerros por buques de guerra. Y ya hemos dicho también, que nosotros no negamos esos elementos de combate; sólo afirmamos que son inútiles, porque faltan brazos para empuñarlos.

No hace mucho que se nos decía que en un santiamén los norteamericanos pondrían *diez millones* de hombres sobre las armas; y ahora vemos palpablemente que los que eso dijeron no comprendieron la extensión de sus palabras. Que España diga: tengo diez y ocho millones de habitantes, y cuando quiero puedo armar *uno ó dos millones*, esto es creíble, dado el ardiente patriotismo de esa nación, cuyos pobladores se lanzan á la guerra por el placer de pelear y derramar sangre yankee. Pero que los Estados Unidos puedan poner, no solo *diez millones*, que esto como hipérbole sería aún inadmisibile su pasaporte, ni doscientos mil hombres sobre las armas, esto sin estudio profundo hay que rechazarlo como ilusorio. Hace muchas sema-

nas que corrió la versión que pugnamos, y no han podido los *primos* equipar y alistar *cincuenta mil soldados*. Lo que nos demuestra á las claras que los yankees son unos quijotes como el general Lee, al lanzar sus bravatas en la bahía de la Habana, porque el general Blanco no consintió un traidor en su presencia. Y de paso seadicho: á este Lee y señor debían haberlo *lynchado* los españoles, para corresponderle sus servicios de diplomático, y darles ejemplo de cariño á los yankees, que hubiesen escarmentado en sus pretensiones.

Llamó el gobierno americano á sus gentes para el servicio de las armas, y en vez de obedecer, yendo á la lucha, han venido á refugiarse en los Estados mexicanos, para evadirse de semejantes mandatos. Esto que decimos lo prueban los yankees inmigrados recientemente de los Estados Unidos á los nuestros de Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango y Zacatecas; y hasta el centro de la República se ha llenado de esa gente que nos es á todo trance peligrosa, perjudicial y nociva, pues como gente valiente para la *gastronomía*, han ido escaseando los artículos de primera necesidad y subiendo á un precio exorbitante, debido á la gran demanda.

El gobierno yankee llama para la guerra y sus fieles servidores emprenden la fuga, tomando la retirada.

No vemos, pues, el heroísmo norteamericano, pregonado por los apóstatas de sangre.

Aun dado el caso de que los Estados Unidos armasen diez millones, que esto ya está dicho que es muy difícil, teniendo presente la cobardía yankee, no sería un

acto notable en una nación de setenta millones de almas. En cambio, España, para degollar *rubios*, tiene á su disposición todos sus pobladores, porque éstos son hijos de la guerra y por entretenimiento se lanzan á ella; estamos seguros que hasta las mujeres tomarán parte contra el Norte de América. Y si el pueblo español no fuese noble y dócil al mandato del gobierno que lo ha ido conteniendo, hubiera habido una matanza horrosa de yankees residentes en la Península; empezando por el Ministro Woodford, uno por uno tendrían que pagar el tributo justo al indignado filo de la espada española. Mas la lealtad ibérica no ha tenido comentarios en la historia humana. Con todo y las tropelías americanas en contra de unas infelices barcas mercantes, llevando madera, la hidalguía española resalta cuando el Capitán General de la Habana deja ir de caridad al "Saratoga," buque norteamericano; sujeto á las represalias de no obtener esa generosidad, era tiempo este de que estuviera hecho pedazos y acariciado por los potentes cañones del Morro y de la Cabaña. Advirtiéndole que cuando la escuadra enemiga tomó la "San Buenaventura," aun no había derecho á las presas, por no estar declarada la guerra, según las fórmulas modernas. Todo esto abona á España de nación civilizada, y á los Estados confederados de piratas. Punto es este de contundente lógica, puesto fuera de toda discusión. Bien que el asunto de las presas, conforme á nuestra doctrina, no tiene tampoco efecto, ni aun declaradas rotas las hostilidades, sobre buques mercantes, porque son incapaces de defensa; la ley de apresar de-

be recaer sobre los barcos de guerra, porque su objeto es el combate. De otra manera, el fin de la guerra moderna no sería disputar una cosa justa y legal, sino un pretexto fútil y cualquiera para robar á todo hijo de vecino, lo cual sería reprobable á los ojos del buen sentir. Mas la escuadra de la Confederación Americana, no sólo apresa barcos pescadores, sino que lo hizo cuando aun existían las relaciones diplomáticas entre ambos países, acto de piratería que obligó á Mr. Sherman á renunciar la Secretaría de Estado, para no ser testigo de la infamia de su país que burla los principios de la guerra civilizada en la última década del siglo.

Y no obstante de esta conducta reprochable del enemigo, España conservó sus antiguos sentimientos de nobleza, distintivo glorioso de sus hijos, cuyos actos son laudables.

Que venga el mundo entero á calificar la conducta de ambos.

Ese proceder de los norteamericanos y su historia pasada, nos inducen á creer que no obtendrán grandes triunfos en la presente guerra. Perfectamente hemos ido estudiando la página histórica de ese pueblo colosal que ha tomado un incremento asombroso en su desarrollo mercantil é industrial. Que hay un movimiento ferroviario extremo en aquel país, jamás lo hemos negado, ni desconocemos el rápido progreso de un pueblo que, en cierta manera, lo admiramos, aunque siempre haya sido traidor é hipócrita. Lo que negamos siempre es su poder como nación de empujes para el combate. En su historia sólo sobresalen tres épocas

principales, y sólo una es digna de llamar la atención.

Las épocas aludidas son: la independendencia de Inglaterra, el rompimiento después con esa nación, y la revolución intestina del Sur contra el Norte.

El primer hecho histórico no fué una cosa admirable que digamos; la independendencia de los Estados Confederados es digna de mención tan sólo porque se separaron de la Gran Bretaña, y, por consiguiente, sólo á ellos interesa. El héroe de esa independendencia es muy inferior al sublime clérigo de la nuestra, cuya noble figura se destaca majestuosa como astro de primera magnitud en el fondo de un cielo purísimo. Cualquier hombre semi-ilustrado lo comprende así, por más que los partidarios de los yankees le den mucha preponderancia á aquel norteamericano que, si en efecto se distinguió á su modo, libertando á su país, bajo ningún concepto ocuparía el lugar épico de nuestro gran Cura de Dolores.

Para entender esto no necesitamos de eminentes políticos, basta con conocer los elementos de uno y otro. Washington era un hombre formado en la carrera de las armas y disponía de todos los elementos que sugiere la audacia de un sujeto hecho para la guerra. Washington no dió el grito de levantamiento y rebelión como un lego en la materia; se alzó cuando concluyó su carrera militar y comprendió que era seguro el triunfo. A esto añadiremos la frialdad de la raza madre que muy poco le importa extinguir insurrecciones coloniales, viniendo á transar toda cuestión las libras esterlinas antes de abandonar el todo por la nada. Esto evitó mu-

chas cosas difíciles para la República americana. Hasta hay quien asegure que muchos ingleses millonarios de Londres ayudaron á esa revolución de independencia, suministrando recursos y cooperando en contra del gobierno establecido, porque creyeron segura una operación de banca que dejaría pingües utilidades.

Dados esos medios, poderosos por sí solos para obtener la emancipación, no fué tan grande que digamos que raye en lo sublime la gloria de Washington proclamando la independencia americana y dando á la nueva república ya un nombre de codicia y ambición insaciables, con llamarla Estados Unidos de América, como si nuestras pequeñas, pero nobles, repúblicas no formasen parte del Continente Colombino.

III

Entretanto pasa esto con Washington, no sucede igual cosa con el grande Hidalgo, quien, abandonando su estado clerical, se lanza á iniciar la más grandiosa epopeya que señalan los anales mexicanos.

No podía ser más soberana la acción de ese nuevo David que liberta á su pueblo. Evidentemente que un hombre de altar no era de suponerse que estuviese muy instruído en los principios de la guerra, ajenos en un todo á su carácter sacerdotal. Sin embargo, lleva á más feliz éxito lo que á duras penas lograron Washington y Lincoln, á pesar de sus muchos elementos. Hidalgo sólo cuenta con gente aldeana y testaruda, incapaz de

una instrucción militar; es seguido por el pueblo que lo oía doctrinar en las naves del templo, y jamás pudo disponer de hombres ilustrados. Al revés Washington; su alzamiento fué de gente acampada en actitud de guerra. El uno sin medios benignos, salido de la sacristía, acompañado de hombres incultos, y el otro con todos los elementos favorables, con gente formada y disciplinada, proclamaron la libertad de dos pueblos vecinos; pero el primero es más sublime ante la historia, porque su entusiasmo estribó en audacia y atrevimiento, al sacudir el dominio español de México. Tampoco esto quiere decir que nosotros desconozcamos los méritos del más grande hombre norteamericano, cuya humildad, al abandonar el poder voluntariamente, lo hace más digno á nuestros ojos, y cuya acción de independencia, llevada á cabo por la ayuda de la nación que hoy insultan sus descendientes, es un hecho que lo señala entre los suyos como el atleta de la jornada liberal yankee, sin que esto indique un heroísmo asombroso, que los ignorantes en historia le atribuyen. La independencia norteamericana, como todas, fué una consecuencia del mismo pueblo, y nunca una hazaña épica, desde el momento que fueron ayudados por dos potencias europeas. Mientras que la Independencia de México fué mediante propios, aunque escasos, elementos, sin ayuda ni protección de país alguno extranjero. Por eso trajimos á colación el héroe de nuestra libertad, para manifestar que, en igualdad de circunstancias, es más gloriosa la epopeya de los mexicanos, que es una iliada sublime, que la de los yankees.

En la guerra que tuvieron después con la Gran Bretaña, nada notable se ve; porque naciones como la británica acaban de dar su fiel retrato en la cuestión de Venezuela, recibiendo la nota más humillante y negra. La lucha digna de mención, á nuestro ver, es la intestina del Sur con el Norte de la Gran República.

Como se nota, en ninguna de esas tres épocas—las más importantes de su historia—se desprende un rasgo sobresaliente de heroísmo. No hay más lustre guerrero que la Florida, robada á España y sancionado el despojo mediante algunos millones de *dollars* por la hembra del trono español, Fernando VII; la Louisiana por otro tanto más cuanto, y Alaska por lo consiguiente.

Pero el colmo de conquista fueron los territorios mexicanos usurpados. Ese acto de piratería es suficiente para demostrar el heroísmo yankee, pues nos dejaron sin la mitad de nuestro país: en tiempos de indigencia se cogieron á California, Colorado, Nuevo México y Tejas, cuyo despojo la mucha política de Mc Kinley lo consignó en su mensaje último, para vergüenza de esa nación infiel y avara. Mas no tuvo tanta culpa el Presidente que predicaba á las chusmas del desierto, fundando sus sofisticos pensamientos ante el parlamento, sino los mexicanos espurios que osaron aprobar ese proceder, despertando así la indignación de los honrados compatriotas.

A estos dislates tan debatidos, contestaremos más extensamente al ocuparnos de la prensa, porque no estamos de conformidad con la evasiva que da *El Mundo*, al defender al Sr. Bulnes. Por lo mismo que nos-

otros condenamos los asertos del Presidente, refutando lo expuesto en el mensaje, estamos en el mismo caso para condenar las ideas que apoyen semejantes extravagancias, hijas del poco patriotismo.

Vista así la política americana, ningún embarazo habrá para afirmar que España saldrá triunfante de esta guerra que no ha buscado, y miente quien diga que la nación ibérica desaparecerá del mapa europeo. Los precedentes históricos de los yankees y los de España en la historia del mundo, señalados los unos con estigmas vergonzosos, y los otros con rayos de luz, predicen la derrota del codicioso y la victoria de la nación católica.

Ya hemos dicho, los anglo-sajones tendrán ventajas y aliados, como la hipócrita Inglaterra, según Mr. Chamberlain, mas de nada sirven los tales medios sin saber aprovecharse de ellos, por no conocer los principios de la guerra moderna.

En cuanto á su flota de mar, ya está juzgada por personas competentes.

España, con lanzarse á la lucha en tan desproporcionadas condiciones, á lo más perderá la Isla de Cuba, que hartos millones le cuesta en hombres y pesos, y esto en el caso de perderla; hay que tener presente que Cuba será reducida á cenizas antes que ondule allí el hipócrita pabellón de las estrellas, ni el mambís de la solitaria. No mejor cosa pasará con todas las posesiones españolas, en caso de que el yankee llame á sus puertas: y mientras que eso acontece en las pertenencias ibéricas, en la actual contienda, los Estados Unidos sacarán, si triunfan, un baldón más para su estan-

darte, y si perecen—que esto es probable, por lo apurada que está la copa hasta las heces,—la humillación más denigrante y bochornosa que recibiera el formidable ejército de los persas al pasar el Helesponto.

IV

Las potencias europeas ante el conflicto.

Consignado en vista de la filosofía de la historia el hecho eminente de que son infundados los gritos de alarma de que España desaparecerá, ó bien vendrá á menos á los ojos de la civilización moderna, en la guerra hispano-americana, conviene decir algo sobre el papel desempeñado por las Potencias europeas en presencia de ese rompimiento sangriento y sin pocos ejemplos iguales en los anales contemporáneos.

Que la nación ibérica no desmerecerá, su propia historia lo comprueba. En todas sus guerras, repetimos, ha sembrado sangre y cosechado victorias á millares. En proporción, las gotas de sangre derramadas se hallan en la relación de diez por ciento; por cada diez gotas, ha obtenido por lauros marciales cien triunfos victoriosos.

Por nosotros, díganlo propios y extraños.

Cuando España desaparezca, es porque ha visto primero los escombros de todas las demás naciones del globo terrestre.

Un pueblo que lucha siete siglos para proclamar su

libertad é independencia, conseguidas ellas, después de un período tan largo de tiempo, difícilmente se arrancarán las hondas raíces que ha hecho.

No hay que temer esa desaparición. Una identidad existe entre la Iglesia Católica y la Península: las puertas del infierno contra ninguna prevalecerán. Una y otra han sido objeto de ataques terribles, y ambas tendrán que salir incólumes, después de un cúmulo de hazañas no vistas. ¿Han descansado en la lucha una ú otra? La historia nos dice que no: la Iglesia con su lábaro santo, símbolo de salvación, y la Península con su estandarte, señal de conquista, han ido dejando cambiados los gobiernos, destruidos los tronos y alteradas las leyes, sin que ninguna de las dos haya alterado su unidad admirable. Y con ese precedente no habrá ni cambio siquiera, siempre que ambas marchen unidas por los vínculos de religión.

Y probablemente que la desaparición de España convendría á algunas naciones europeas descreídas, como la Inglaterra, que nunca perdona una intervención disfrazada y sanguinaria, fomentando la discordia, no obstante cantar la neutralidad.

Aquí está pasando con las Potencias lo que hace un año hicieron con la heroica Grecia, quien, llevada por su espíritu cristiano de amparar al débil, sufrió un descalabro, sin que las señoras Potencias oyesen la voz de la civilización que las llamaba á poner coto á los crímenes del turco, cuyo imperio debiera desaparecer del mapa. Lo que prueba que los sentimientos de humanidad son una ficción en la presente época histórica.

El humanitarismo helénico rayó en lo sublime. Lastimada la patria de innúmeros guerreros y poetas en su espíritu cristiano, lanzó el guante al hijo de Mahoma, nómada y salvaje, digno de vivir en las mazmorras, para extinguirlo con todo y su crimen. Pero, abandonada y sola, no le fué posible; falta de elementos mayores, cumplió con sus humanitarios deseos: sucumbió en la lucha; mas no se dirá, ni la historia tiene que señalarla con el estigma del retroceso, que prohijó el vil procedimiento de la devastación turca, apoyada por el sepulcral silencio de la Europa. Ni nadie debe confundirse con una derrota que ensublima. Si Grecia perdió en el desigual combate, su hecho fué noble, y el del musulmán inicuo.

En aquella guerra se lavaron las Potencias sus manos proclamando la neutralidad; mas la historia no lavó sus elocuentes páginas para consignar su conducta depravada, señalándolos como coautores de la esclavitud ante las generaciones que vengan.

Poco más ó menos, es igual la situación presente: una y otra nación se rebelaron contra la injusticia y la tiranía, pretendiendo castigar la altivez despótica de los opresores. Mas, no bastando aquella página negra en la historia europea, vuelven las Potencias á los mismos pasos, proclaman su neutralidad y se constituyen en observadores mudos, salvo la Gran Bretaña que ayuda á sus hijos.

Buena manera de evadir compromisos y magnífica diplomacia es la neutralidad. ¿Quieren que yo sea amigo de Blas y Andrés? Pues que se agarren ambos á cuchilladas y yo seré neutral, viéndolos repartirse pu-



ñaladas, á más y mejor, importándome muy poco la injusticia del proceder de alguna de las partes contendientes.

No cabe duda, buen recuerdo dejarán á la posteridad las leyes neutrales. Pero es imposible que la voz del débil pida ayuda, porque nadie acude á protegerle sus propiedades. Clamará, mas no será oído. Cuando más, le quedará el orgullo de decir que defendió una causa justa.

Por deber de humanidad, por el vínculo consanguíneo, debía la Europa haber intervenido en la cuestión cretense, favoreciendo las miras de un trono justo y humanitario; mas ni la voz de la civilización ni el parentesco del príncipe Jorge con algunos soberanos europeos, fueron causas poderosas para acudir en contra del poder de la media luna. Poco les importó la humanidad y sangre, para preservar el trono de un hombre que, en nombre del progreso moderno, lanzó el grito de guerra, con intención de quitar esa rémora del adelanto de las puertas de Europa. Todas las simpatías eran de parte de Grecia, pero las leyes neutrales hicieron que nadie se atreviese á desenvainar su espada en pro de la virgen cautiva, y dejóse perecer á los hijos de tantas victorias á manos de los fementidos califas.

¿Cuántas veces protestamos en contra de ese indigno proceder de las naciones cultas? Llegó á ahogarse nuestro clamor en la garganta, quedándonos la satisfacción de haber reprochado la conducta europea con toda entereza y una conciencia limpia. Las Potencias parecen alegrarse de la desgracia de los griegos. Ni la

Rusia ni la Alemania, unidas por lazos de sangre á la corona de Atenas, hicieron cosa alguna favorable á los intereses helénicos; lo que prueba que ni el parentesco tiene efectos benignos en amparo del desvalido. La nación que tiene medios de defensa, bien puede hacerlo, contando con la neutralidad.

Con los gobiernos pasa lo que con los individuos; cada cual marcha á su negocio, y está sin cuidado de que viva ó deje de hacerlo Juan ó Pedro. Cuando los intereses de un país peligran, acudirá el interesado á defender sus propiedades con sus propias fuerzas; entre tanto los demás, en vista del rompimiento, proclaman su neutralidad, y permanecen como los espectadores romanos en presencia de los gladiadores en el circo: poco les va que gane ó pierda uno ú otro.

Esta es la conducta general de todas las naciones de Europa. De ellas hay que exceptuar á la Francia, que no siempre ve con indiferencia morir al débil en manos de los villanos; cuando puede y sus intereses lo permiten, levanta la voz contra el tirano, marcándole el alto y amenazándole de muerte si no retira sus fuerzas hostiles del territorio ajeno. Y nos extraña sobremanera que esa gran nación no hubiese hecho cosa mayor en el conflicto turco-helénico; con su silencio neutral le hizo compañía á la Inglaterra y demás países sajones, olvidando con eso la potente voz de Víctor Hugo que pedía la libertad de los Estados.

En una palabra, las Potencias europeas, cuando se levanta en discordia alguna de ellas contra asiáticos ó americanos, todos forman el redondel de una plaza de

toros, constituyéndose en frenéticos espectadores y lanzando aplausos á los picadores; sin comprender que con semejante línea de conducta autorizan la merma de sus propios Estados.

V

No es diferente el caso que actualmente se desarrolla entre España y los Estados Unidos: la primera ha recogido un guante que le ha arrojado en tierra un enemigo audaz y codicioso, que, cubriéndose con las apariencias de *humanidad cristiana*, conspira contra la integridad de sus territorios. Ella será débil y exhausta de recursos, pero no hay en su historia una transacción tan vergonzosa como la que piden los Estados Unidos: ni tampoco la debilidad actual la pone en la indigencia para defender sus derechos. Sus fuerzas, gastadas por la sucesión consecutiva de las guerras, no implican impotencia, y sabrá repeler la agresión con heroico brío.

A los ojos de los ignorantes, España tiene que perder; pero esos tales, al decir semejante blasfemia, no se tocan el corazón. España tiene hijos ardientes y no puede perder, por superiores que sean los elementos del enemigo.

Mas no es la pérdida ó ganancia de España lo que debería llamar la atención de las Potencias. Es un hecho, puesto fuera de duda, que si la Península ibérica pierde sus pertenencias en América ó Asia, corren riesgo los intereses de los demás países, porque en el Continente Colombino tendrá su verificativo la doctrina

Monroe: *América para los americanos*, y en el asiático una nueva doctrina se establecería con el nombre de Mc Kinley: *Asia para los yankees, señores feudales del mundo entero*.

Claro está: si España, por desgracia, pierde á Cuba, también las Potencias tendrán que despedirse de nuestro continente, porque la pérdida de la una constituye irremisiblemente la pérdida de las demás. Como ninguna nación querrá abandonar sus posesiones en América, de ahí provendrá un rompimiento que implicaría una guerra general en todo el Universo, hecho que esperaremos, sin duda, debido á la torpeza de las Potencias favoreciendo miras mezquinas y no cumpliendo con las leyes que les imponen la civilización y la humanidad. Acabará el siglo de las luces con los horrores del fuego, que arrasará vidas y propiedades. No hay que poner en duda una guerra universal.

Estados Unidos—y en esto no quepa la menor vacilación—haciéndose dueños de Cuba se apoderan de las llaves de América, y abrirán si les conviene cuando llamen á las puertas los buques mercantes europeos. Y en verdad que un castigo de estos bien merecido lo tienen las Potencias europeas, porque nunca han querido oír los lamentos de las naciones débiles.

Creemos que esa amenaza terrible no pasará por alto ante las señoras Potencias, que esto sería tanto como conspirar ellas mismas contra su bienestar interior y exterior, aunque siempre se han mostrado indolentes por los intereses ajenos; ahora no se trata de lastimar á un país cualquiera pequeño, está complicada la vida:

íntima de cada una de las grandes naciones de Europa. El triunfo yankee sobre las armas españolas es una victoria sobre los países europeos, y luego se les daría su pasaporte para que desocupen á América repentinamente, como la expulsión de los perínclitos jesuitas en la época de Carlos III. Por decoro, pues, y para la conservación de sus propios intereses, las Potencias debieran castigar las miras malévolas de los anglo-sajones, con lo cual se evitará el derramamiento de sangre, si es que los sentimientos humanitarios producen efecto en los códigos de allende el Atlántico.

Por otra parte, si la Europa va á la vanguardia de la civilización, es de su deber defender el derecho y la justicia. No se ha visto, desde que el mundo es mundo, una guerra tan páfida, provocada por la ambición yankee. España es dueña de sus posesiones y puede dentro de ellas hacer lo que le plazca, y jamás hemos visto en el Derecho Internacional un principio que autorice una intervención en casa ajena. ¿Que ha habido destrozos en Cuba? Ya hemos dicho innumerables veces que los mismos yankees han fomentado la ruina y desolación de la isla, mandando dinamita y toda clase de elementos de guerra y devastación á los insurrectos.

Tampoco esa intervención armada reconoce un sentimiento de humanidad cristiana; negamos los sentimientos cristianos en los que nos robaron en 1836, y en 1847 derramaron la sangre de nuestros compatriotas, hollando con sus inicuas plantas la virginidad de esta tierra.



Visto esto, rechazamos de nuevo esa ostentación hipócrita de humanidad cristiana.

Con el cuadro así, deduciremos:

Los Estados Unidos se entran, contra todo derecho, en casa ajena, allanando la morada del vecino.

Los actos de los Estados Unidos son de ladrones y salteadores.

El modo de pelear en guerra, es piratería en Estados Unidos.

El Derecho Internacional reprueba la intervención armada.

Los Estados Unidos tienen amplias facultades, otorgadas por el derecho de posesión, de hacer lo que quieran en sus propiedades, sin que ninguna nación se los impida; pero deben respetar el derecho ajeno, base de la paz humana.

Si Cuba se pierde, déense por perdidas todas las repúblicas hispano-americanas; si España desaparece del Continente Colombino, toda la Europa perderá sus colonias en América.

Que en nombre de la civilización, las Potencias deben castigar la osadía yankee, si no quieren que las generaciones futuras lancen la saliva al pasado, maldiciendo su memoria y señalándolas como delincuentes con el estigma del esclavo.

Que la Gran Bretaña es cómplice de los Estados Unidos en la guerra hispano-americana.

Ya no es Grecia, un puñado de héroes, la que lucha por extinguir la vil estirpe de los turbantes, es España la que salta á defender el derecho europeo en América.

VI

Prensa amiga y enemiga.

El periodismo siempre ha sido un poderoso elemento de combate, y en la actual contienda va tomando altas creces en la polémica internacional; y aunque todos los periódicos del mundo civilizado siguen minuciosamente los hechos, nosotros nos limitaremos á los nuestros.

Para defender y atacar á uno y otro partido han tomado en cuarto de espada todos los diarios extranjeros y nacionales; pero ni los unos ni los otros han inventado la pólvora, por lo que se ve. Ambos partidos periodísticos acumulan artículos y noticias que están muy distantes de ser veraces. Tan acaloradas han estado las discusiones sobre el particular, que ya ni mención hacen del asunto principal: es una guerra de opiniones personales, lejos de relacionarse con los intereses de las partes beligerantes.

Dejando en el tintero los periódicos de poca monta, vengamos á los principales. Estos se dividen en tres grupos:

Netamente españoles, con carácter oficial de la Colonia española, como *El Correo Español*.

Nacionales, adictos á la causa española, como *El Tiempo* y *La Voz de México*.

Antiespañoles y mexicanos poco patriotas, como *El Mundo* y sus satélites.

Ahora veamos el modo de ser de cada diario de es-

tos, y si cumplen con su misión; advirtiéndolo que, en lo absoluto, no vamos de acuerdo con ninguno, aunque estemos obligados á reconocer más méritos en unos que en otros. Y hecho este paréntesis, pasemos adelante con nuestra cruz.

El Correo Español no es periódico que llene las condiciones de una publicación buena y sensata, ni mucho menos que cumpla con su cometido. No debe ser un diario digno de la razón, el que sigue una conducta inconveniente contra sus adversarios. Entre renglón y renglón hay diez cosas inútiles. Si con ese proceder desfavorable se convence, estamos de acuerdo, el diario español es plausible en su conducta nada correcta. Pero no habrá persona de mediano saber que apruebe esos procedimientos en periódico que, como *El Correo*, al pedirle exhiba el *servicio especial cablegráfico*, se salga por la tangente. Razón tendría para semejantes hablativos, cuando el adversario emplea armas reprobadas; pero esto es de negarse de lleno, porque la pregunta que le hizo el enemigo, aunque dura, por lo bochornoso de la respuesta, era cortés y puesta en orden.

Cuando se da un caso igual, es evidente que quien tal cosa haga, es incapaz de tenerse en estima; y no pudiendo dar pruebas mejores, carga con el ataque de la inconveniencia: el gracejo inútil. Esa conducta tan marcada de *El Correo* siempre lo ha distinguido, sea de mala fe, ó bien por falta de argumentos. Lo primero nos parece que es increíble, porque conocemos las altas prendas morales del director. Luego es lo segundo.

Bien noble es la causa española, para que en su de-

fensa pululen verdaderas agresivas, y con un procedimiento como el empleado por el órgano de la Colonia Española, sentimos confesarlo, desmerece la simpatía por la madre patria ante la clase baja de nuestro pueblo. Si todos los mexicanos—y aun del mundo entero los habitantes,—fuesen de grandes alcances intelectuales, poco importarían los ataques de los ignorantes; pero es muy corto el número de los ilustrados y sensatos. La ignorancia, antes que afrentar, es digna de mayor compasión y lástima.

Es enteramente extraño que un diario que se tiene por serio, y en cuyas filas hay personas tan respetables é ilustradas, se aventure á dar diatribas por razones y fundamentos; nunca jamás ha llegado á nuestras noticias que las injurias arguyan derecho, y sí sabemos que la grosera respuesta expone al que la da á un vergonzoso bochorno á los ojos de los hombres serenos y pensadores. Que si el lenguaje de *El Correo* es el festejo de ciertas personas de México, lleve entendido que poco favorece con él á la mayor parte de sus lectores, que son sensatos y gustan del grano, rechazando la paja, y aun á los mismos distinguidos redactores que mucho apreciamos.

Al diario español se le pregunta por algo, é incurre en la debilidad de lanzar cargos á los enemigos que está lejos de poder probar. *Eso de que el periódico interlocutor esté pagado por legaciones extranjeras*, aunque sea indigno de nosotros, es cosa que *El Correo* no probaría en toda su vida. Tampoco le hablaba *El Mundo* de pensiones pagadas ó dejadas de pagar; simple-

mente le preguntaba por su *servicio especial*. Y la respuesta era: mandarle los originales cablegráficos sellados, ó decirle no tengo. Otra salida, sería desviar de mala intención el riguroso orden de las cosas, para distraer á los lectores; lo que no admitimos en la redacción de *El Correo*, porque nos consta su honradez.

Quien se sale por la tangente jamás justifica su proceder. Ahora que *El Correo* complete el silogismo como guste.

Si ciertos particulares le pasan sus noticias, el servicio especial será de ellos, y no de él; pues con publicarlos por merced que le hacen, no adquiere el derecho de propiedad. Por lo demás, la conducta seguida por *El Correo* en ese asunto se presta á conjeturas y comentarios.

Aparte de todo esto, *El Correo Español* no llena las exigencias de una publicación española; le faltan muchos requisitos para completar la tarea; vengan ellos y seremos sus admiradores.

Adviértase que, al decir lo que precede, juzgamos imparcialmente; porque ni somos enemigos del diario español, antes muy amigos de su credo, como de su respetable derecho, ni tampoco partidarios del otro periódico, cuyo credo, tanto político como religioso, detestamos. Exponemos los hechos: *El Correo* es inadmisibile así por su impresión como por su material. Ni creemos que esto sea por falta de recursos, pues nos consta que dispone de muchos elementos.

Su pésimo material se explica. Exceptuando el director, que es persona competente é idónea, y los mexi-

canos ilustrados que ahí escriben, los demás españoles son una perfecta nulidad en el campo de las letras periodísticas. Todo lo echan al gracejo ridículo, comentando lo que más seriedad pide de una manera burda, que en nada abona á una publicación acreedora al aprecio y á la distinción de la cultura moderna.

Los españoles sensatos nos darán la razón en nuestras aseveraciones, porque los juzgamos entendidos, así como esperamos igual merced del Sr. Elizalde, persona de relevantes virtudes en letras.

Además, el que exige está en el deber de ser exigido: *El Correo* muchas veces ha exigido hasta la exageración, luego no puede evadirse de la pregunta que le hizo *El Mundo*, toda vez que la respuesta no afecta á su credo. Pero la conducta del diario de San Lorenzo, es la de halagar y no convencer; contra lo cual protestamos nosotros, pues somos partidarios del credo que defiende y adictos á su causa por convincente razón lógica, y jamás por un impulso *sensiblero*.

En las presentes ocasiones se piden defensores varoniles; de lo contrario, es perniciosa toda defensa. Y creemos que este juicio crítico no implicará un ataque furioso de *El Correo*, presentándose como enemigo de la causa; porque tanto él como todos los españoles, saben y conocen nuestras intenciones: aunque nacionales, tenemos igual entusiasmo en pro de España que el mismo *Correo*.

Este es el periódico de carácter español; pero hay otros que, sin ser órganos de españoles, han emprendido audaz campaña en favor de España y en contra

de los Estados Unidos. Estos quedan enumerados ya, son: *El Tiempo* y *La Voz de México*.

Los periódicos católicos han excogitado principios y rebatido doctrinas con toda energía y empuje varonil. Son los que con toda entereza han defendido la causa, sin tener presentes las miras del negocio; en ellos se han visto artículos magníficos de plumas bien reconocidas en el periodismo mexicano. Su firmeza de ideas ha llamado la admiración de todos los hombres que saben; y no es de extrañarse eso, porque todos los católicos son adictos á España, y sufren y ríen cuando aquella heroica nación padece ó goza.

El Tiempo y *La Voz* no han dejado flanco en el combate contra los Estados Unidos: todos los golpes han sido dados con mano certera y firme.

VII

Pero así como los anteriores militan bajo la bandera de la causa, hay otros enemigos de ella. Entre éstos cuéntense *El Mundo* y sus satélites. Este diario liberal en su empresa ha sido enteramente parcial y hasta cierto punto traidor á la causa mexicana. Aun están frescas en nuestra memoria las palabras sacrílegas del Sr. Bulnes, pronunciadas en un corrillo privado en la Cámara de Diputados, justificando la conducta de los yankees en 1836, al usurpar nuestros territorios.

El Sr. Bulnes, diputado y redactor de *El Mundo*, ha cometido un delito de lesa nacionalidad, blasfemando

contra nuestro honor patrio; cometió su crimen sin embarazo, ultrajando nuestra bandera tricolor, sea por exaltación, ó bien por un espíritu de figurar hasta en la maldad misma. Porque no es posible suponer otra cosa de un sujeto de ilustración no común; y si tal hiciésemos, ofenderíamos á un positivista, que se dice de altos vuelos. Si quien afirmó esa especie fuera un cualquiera, quedarían olvidadas sus necesidades; mas nosotros reconocemos saber en el Sr. Bulnes. No hubiéramos tampoco atacado el mensaje de McKinley, origen de las extravagancias, evidentemente que menos nos ocuparíamos en éste, que poquísimos favor se hizo con aprobar la conducta de los americanos en 1836.

Se necesitaba no ser mexicano para cometer siquiera una torpeza semejante. Ya que la desgracia trajo entonces nuestra desdicha, aunque hubiese sido capitulado el despojo por un gobierno afeminado, deberíamos de llorar nuestra infeliz suerte, antes que consentir que nos la recuerden.

Por más que *El Mundo* intente en su edición del día 6 del corriente y en réplica á *La Voz de México* defender al Sr. Bulnes, dándole distinto giro á la cuestión, no vemos la felicidad de su defensa. No hay más contestación á los contundentes argumentos de *La Voz* que poco patriotismo manifiesta tener el positivista ribeteado de liberal; y limitados conocimientos y prestigios diplomáticos tiene McKinley, recordando su propia deshonra y ofendiendo á una nación amiga.

Está en un error *El Mundo* al afirmar que toda verdad histórica no ofende, ó no sabe lo que significa

verdad histórica. Porque es una gran verdad de historia contemporánea que la Alemania tomó á la Alsacia y la Lorena después de sangriento combate con Francia; y dadas las actuales relaciones franco-prusianas, sería poca cordura que Guillermo II hiciera ostentación y remembranza de aquella hazaña en el Reichstag en un mensaje. Si es cierto que diría una verdad histórica, sería una verdad que lastimaría al pueblo francés, y por ende ofensiva.

Otra razón más clara. A nosotros nos gusta la mujer de Pedro, porque es hermosa. Desde luego que si exponemos nuestras intenciones, habremos manifestado una histórica verdad, porque nos satisface la prenda; pero esta verdad es ofensiva para Pedro, legítimo esposo de la señora: probablemente que semejante verdad sería contestada de un modo debido por Pedro.

Y la verdad del Sr. Bulnes también pediría contestación del gobierno, con un pasaporte de la Cámara.

Además, la cuestión tejana está aún más bochornosa. No importa que la historia reconozca el hecho, que también reconoce los actos de Nerón, y sin embargo, la memoria de aquel monstruo ofende á la moral.

¿Qué ganamos, pues, con que la historia conserve ese hecho de Tejas? ¿Con reconocerlo, lo justifica? Asegurar eso, sería tanto como ignorar la filosofía de la historia y las nociones más simples de la lógica.

Que los Estados Unidos hayan robado á Tejas, es un hecho histórico inconcuso; pero también es otro hecho, puesto fuera de duda, que esa usurpación es el es-

tigma más horroroso para los yankees y el baldón más negro que tengan en su historia y recen sus anales.

Que por la fuerza se hayan apoderado de nuestros territorios, no lo hemos negado, ni esto justifica á los Estados Unidos ante la civilización, porque la piratería nunca es justificable. Traernos, pues, á colación en el mentado mensaje símiles tan denigrantes, equivale á remover una herida que ha dejado hondas cicatrices en el sentimiento nacional; y que un diputado apoye eso, no hallamos palabras en el Diccionario con que calificar semejante proceder.

También sabemos inglés y perfectamente entendemos lo dicho por McKinley. Como nosotros, todo hombre sensato condena de mal político al Presidente por tan descabellada referencia, que ni venía á pelo.

Por otra parte, ¿qué tenía que ver la cuestión de Tejas en el asunto? Hablaba sobre negocios de Cuba, los cuales no tenían relación con nuestros Estados usurpados; á no ser que quiera indicar que de la misma manera que se hizo entonces harán ahora. ¡Y hete aquí al humanitario, haciendo ostentación del robo!

Por más que el Sr. Bulnes quiera, la conducta de los Estados Unidos es de bárbara utopía y deplorable á los ojos de la moral.

Así hemos entendido nosotros el mensaje, y en ese sentido replicamos en otra ocasión más solemne que la presente. A nuestro entender, también es mal mexicano el Sr. Bulnes, prohijado por *El Mundo*, cuya labor es pagana hasta el extremo. *El Mundo*, aunque blasone de neutral, es enemigo declarado de la causa española.

Cada periódico puede defender el credo que le agrade, y *El Mundo* hará bien en ejercer su derecho; pero no aduldere los hechos ni insulte nuestro modo de ser, que harto tenemos con nuestras propias penas y calamidades. Honradamente atacamos y honradez pedimos en el ataque adversario.

Con esto hemos trazado la línea de conducta de propios y extraños.

VIII

El Soberano de la Iglesia Católica y Castelar.

También el Sumo Pontífice y su clero han tomado carta activa en la cuestión hispano-america. Pero la conducta inmaculada del gremio sublime de Jesucristo ha sido mal interpretada, porque se culpa al clero de ir al sol que más calienta. Y esas acriminaciones, que caen como una gota de agua al fondo inmenso del Océano, las lanza un hombre que, desgraciadamente, es visto como una notabilidad en el mundo: son aventuradas tales ideas descabelladas emitidas en *El Correo Español* por el eminente Castelar.

Por más que se quiera manifestar que el clero es enemigo de la patria, calumnia que se debe á un partido malévolos y de intenciones condenadas por el sentido común, los hechos están mostrando lo contrario. La conciencia íntima, en vista de la acción, grita á voz en cuello el patriotismo épico-sacro del clero. Mas el Sr. Castelar, en las columnas de un periódico que se

publica en esta virgen tierra religiosa que ama al Papa como Jefe inefable de la Iglesia de Cristo, imputa hechos punibles al Soberano Jerarca de la Roma Católica, ofendiendo con esto, tanto el periódico como el articulista corresponsal, las ideas de los católicos mexicanos y no mexicanos.

Los ministros de Jesús—y en esto no cabe duda—procuran siempre la paz de la humanidad; pero llegada la hora, cuando la nación se vea amenazada, son los primeros en lavar la mancha que se le arroja á la patria; en pos de los proyectiles lanzan la absolución á los heroicos soldados que conducen el Arca santa al Tabor de la gloria. En los combates, justos siempre, han estado cumpliendo con su deber. Al lado de Moisés, de Josué y de David, derraman incienso los sacerdotes hebreos entre el fragor de las balas, para que triunfe el pueblo de Dios, la porción escogida; y con Constantino, Carlo Magno y los reyes Cristianísimos izan el lábaro santo los sacerdotes católicos en todas las cruzadas á la par de las enseñas nacionales. Es tradicional la parte que antaño tomó la Iglesia en las luchas justas.

Es una solemne mentira que condenan las historias y el sentir tradicional de los pueblos, que el clero haya hecho cosa alguna, apoyada por su sapientísimo Soberano, que sea un baldón para la patria. Cuando han sido luchas de derecho los combates sostenidos, el Papa, si no ha mandado soldados que no tiene para que las bayonetas manifiesten su voluntad, ha expresado públicamente de parte de quién está la justicia. Es la única

agrupación, no importa que Castelar lo niegue, que jamás ha traicionado ni servídose de cábalas, que desdoren su dignidad para adquirir lauros y conquistar honores. Para sus triunfos ha empleado los medios que la moral y la sana filosofía marcan: nunca se ha visto á esa colectividad sublime rebajarse para figurar, porque el aceite no necesita de ninguna otra substancia menos noble para flotar sobre el agua.

Si hemos de acudir á las hermosas páginas de la historia en todas sus edades, encontraremos palmaria la realidad de los hechos, y nos convenceremos de una gran verdad. Mientras que en cualquiera de las demás colectividades humanas se noten vicios negros de traición, jamás se ha señalado á un sacerdote con tan fea y asquerosa nota. A la voz de un Pedro el Ermitaño es sacudido el yugo musulmán, cayendo en pedazos la media luna al brillo de la espada de Godofredo de Bouillon, poder que servía de amenaza á las puertas de Europa; y toman un asombroso incremento la civilización y el progreso en la Edad Media. Por la recomendación de un humilde fraile de la Rábida, celoso de la grandeza de sus monarcas, se presenta el más grandioso mendigo de los siglos presentes ante los tronos de Castilla y Aragón, y les ofrece un vasto mundo, para aumentar sus dominios. El guerrero español con su espada y el clérigo abnegado con su cruz, toman posesión de un nuevo continente. Y lo que no lograron la guerra y el exterminio lo consigue la fe ardiente del sacerdote, cuyo santo nombre maldicen los hijos espurios. El soldado al filo de su cuchillo adquiriría nuevos domi-

nios para sus reyes; pero el ministro de Dios con la poderosa nota de su sublime verbo subyuga á todos los pueblos.

Miente, pues, quien asegure que el clero tiende al desmembramiento del suelo patrio: el Continente de América, extendiendo el poder de España, prueba que los servidores del altar se afanan por el poder de los jefes de Estado.

A principios de la insurrección de Cuba, cuando la querida madre patria se lanzó á castigar al rebelde mambís, los primeros que ofrecieron sus intereses y sus servicios fueron los clérigos. Antes que persona alguna, los sacerdotes católicos vieron la situación aflictiva de España y acudieron en su ayuda. De esto dan fe todos los españoles que están enterados de la actitud magnánima y eminente de los distinguidos obispos de la Habana y Oviedo. Y ahora que la codicia del coloso de América, con detrimento de la civilización y del derecho, se arroja en pos de un guante insolente de reto al combate contra España, el clero español, luz de patriotismo, encabezado por sus ilustres Prelados, quienes tienden sus prelatícios mantos á los pies del Trono, se refugia á la densa sombra del emblema bicolor que ha sido el terror del mundo. El episcopado ibero ofrece todos sus bienes para la guerra y entona en sus regias catedrales el salmo guerrero para que triunfen las armas españolas.

Se ha dicho que la Iglesia es egoísta y avara. Mal la conoce quien así la juzga. La Iglesia es madre de caridad y desprendida; pero ella conoce el derecho y

sabe cuándo ha de sacrificar sus intereses. No quiere que la despojen, ella dará cuando sea preciso. No son las armas de la Iglesia para satisfacer los deseos del ambicioso. Prueba esto la protección negada por el santo Pío IX á la intervención francesa en México, cuando se la impetró.

He ahí á la Iglesia española desprenderse de sus propias joyas, como en otro tiempo la eximia Isabel Católica, para redimir los intereses patrios.

¿Cuándo se ha resistido la Iglesia en dar lo justo? Ella es la base de la justicia; su misión divina se apoya en el derecho del que todo lo da. No admite su despojo, porque rige los destinos temporales también: su soberanía es temporal y eterna. Si el ladrón no tiene derecho de pedir, en el mismo está el que emplea la fuerza para confiscar los bienes del clero. Y si el gobierno español viola el poder temporal de la Iglesia, pésima suerte le espera á la cuna del inmortal Pelayo.

Los extravíos de España, al seguir las indicaciones de hombres descreídos é ineptos, tal vez hayan sido los que le muestren tan negro horizonte.

Ni Castelar ni nadie tiene que enseñarle al clero los principios de patriotismo. ¿Qué patriotismo más immaculado que el del sacerdote? Es cierto que el clero no tiene guillotinas ni máquinas para asesinar; pero tampoco es patriotismo ese que viene predicando una libertad fementida en medio de horrores bárbaros.

El clero, como defensor del justo derecho, anda uniforme en todas las partes del mundo conocido; y tiene que mantener dos gigantescas luchas: lucha con fin mo-

ral y lucha con fin civil. Guía la conciencia y guía la espada. De ahí proviene el grave peso del deber que lleva sobre sus hombros, pues no es su misión tampoco derramar sangre; procura la paz sin ultrajar la dignidad nacional ni apoyar el desmembramiento del territorio patrio. Ignora la historia quien se atreviese á decir, en la última década de este siglo, ni la más leve palabra que ofenda el patriotismo del clero, porque éste lleva en su bandera esto: ¡Dios, patria y libertad!

La independencia de la América latina se debe al clero; y atendida esta doctrina, nos extraña que D. Emilio Castelar, sea de buena ó mala fe, raya de pérftida la noble intervención, según leemos en *El Correo Español*, del Vaticano, cuyo objeto es y siempre ha sido la paz universal. Evidentemente que semejante cargo sería pasable en un ignorante, pero nunca en un Castelar, hombre de universal reputación en la política y en las letras. Nosotros mismos admiramos á ese gran orador español.

El Papa ofreció sus servicios de intermediario entre los Estados Unidos y España para evitar más derramamiento de sangre en los horrores de la guerra. La conducta romana fué la de un padre bondadoso que conoce los temperamentos de los hombres y pretende cortar la discordia entre ellos. Nadie podría reprobar un proceder tan benigno para un arreglo amistoso entre dos naciones humanas. Juzgó S. S. suficiente conseguir de España la suspensión de hostilidades en Cuba, para que los yankees desistiesen de su intervención armada, acabada de completar con la destrucción del "Maine;" pero

fracasó ese deseo generoso y espontáneo, sin que este fracaso sea capaz de manchar la conducta pontificia, indigna de un vituperio semejante. El Papa, como da á entender el tribuno español, no ha jugado con dos barajas.

IX

Repetimos, que un cualquiera forme tales conceptos del Jerarca de la Iglesia, pasaría; pero una torpeza en el primer tribuno del mundo es condenable, para prestigios de la historia. El Papa en todas las épocas ha trabajado por cimentar la paz; y si es cierto que España es una nación católica, la política cuerda y sensata que siempre ha seguido la Silla pontificia, aunque estuviese palpable la justicia de parte de España, no podía declararse en su aliado, pues su gobierno es de doctrina y no de machete.

El actual Pontífice romano en todas sus encíclicas ha mostrado una política igual á la que sigue hoy en este conflicto. No podía más que ser mediador; esta mediación sincera no fué admitida, luego no le quedaba otro recurso, á su pesar, que desplegar su neutralidad, lamentando los funestos resultados de la guerra. Colocado en idéntica elevada posición, cualquiera haría otro tanto, siendo su único destino regir la humanidad con la viva voz y jamás con el fragor de la metralla. Desde luego que esta actitud pública y universal no obsta para que el Sr. León XIII y todo el clero del mundo, como entidades privadas, simpaticen á una por la causa espa-

ñola, tanto porque el derecho la ampara, como por sus antecedentes históricos en los anales de la Religión.

¿Qué haría, pues, el Sr. Castelar en una circunstancia idéntica? A él, que nada hizo cuando la suerte lo puso al frente de la república, le dejamos la respuesta; y desde luego podremos nosotros afirmar que no haría, como entonces no lo hizo, nada provechoso. Tendría buenas intenciones, como S. S. las tiene, pero en el terreno práctico no prometen cosa favorable las intenciones: Castelar, en análogas condiciones, tampoco favorecería ni á una ni á otra nación.

Y por otra parte, ¿son reprobables ante la civilización los deseos de paz con pacto honroso? De ninguna manera. Proponer paz á un país entre los límites del decoro y la honra, no es proponer un baldón. Sólo un Nerón se alegraría en frente de una Roma hecha ceniza, y aprobaría la desolación y el exterminio humano.

Joaquín Pecci es adicto públicamente á la causa española, y, como nosotros, desearía el castigo de la temeridad é insolencia yankee; pero el Papa León XIII no está en el mismo caso; como soberano de las doctrinas del mundo, es de alma pacífica y caritativa, y la paz será su hermoso lema. De manera que, al intervenir pacíficamente, no perjudica los intereses españoles, ni juega con dos barajas, ni usa de traición y tramas vergonzosas: suspendiendo las hostilidades, creyó conseguir la paz.

La afirmación castelareana de que al Papa lo obligaron intereses personales á intervenir, es absurda. El Señor León XIII no tiene más familia que la cristian-

dad, ni más intereses que la salvación de las almas como Padre del Cristianismo.

Y si viniera aquí el Sr. Castelar, se arrepentiría de haber formado un concepto tan malo de los ministros de Cristo. Nuestro clero mexicano no vive indiferente á los sucesos que la madre patria litiga, porque recuerda que ella le dió civilización y progreso, y, debido á sus esfuerzos, prosperó el Santo Evangelio en América.

Si ese clero magnánimo no toma las armas, ajenas á su carácter divino, en cambio eleva sus oraciones al cielo para que triunfen las armas españolas.

Los ministros del altar están tomando una actitud admirable en pro de España: parte muy activa dejan ver los clérigos, tanto de allende como de aquende el Océano, en sus notables y valientes escritos, que son el arma más poderosa para la guerra moderna.

El clero ha emprendido una verdadera cruzada para que derrote España á ese coloso infiel. Los artículos periódicos, las conversaciones privadas de los sacerdotes mexicanos, nos llenan el alma de júbilo cuando vemos á esas personalidades sublimes saltar á la arena con bizarría, proclamando los fueros de la justicia. Desde el púlpito y el altar, el clero aviva el patriotismo en pechos españoles y mexicanos, porque en este asunto palpitante, mexicanos y españoles somos unos en religión y política.

Bajo el lema católico de ¡Dios, Patria y Libertad! aquí trabajamos en pro de la patria de Castelar; pero reconozca este señor su error, y unámonos para defender la causa de nuestros mayores.

Y para concluir; ya que *El Correo Español* publica los escritos de Castelar, nos permitiremos preguntarle: ¿se hace solidario de las ideas del gran tribuno y asume la responsabilidad de ellas?

Nuestras ideas católicas están lastimadas y esperamos la satisfacción.

X

El estado de las cosas y línea de conducta del gobierno de Madrid.

Si hemos de atenernos á las noticias recibidas por distintos conductos, España está en una situación tan peligrosa como triste, pues ya perdió una de sus más importantes posesiones en el archipiélago filipínico; y esta información inverosímil ó cierta, ha indignado al pueblo español, al grado de haber acaloradas discusiones entre los representantes del Parlamento, pertenecientes á diversos partidos políticos. Hace muy poco que un diputado carlista fué expulsado de la Cámara por su actitud enérgica contra el actual gobierno de España. Si hubo ó no razón para ese proceder, que la historia resuelva ese punto.

A ser cierta esa discordia en el mismo seno del gobierno, no podría tenerse por más grave la nota; porque no es temible un pueblo que se lanza gustoso á la guerra contra el extranjero, sino que fomente la discordia civil. Los españoles están acostumbrados á pe-

lear, derrotando á los entrometidos, pero también son de temerse cuando se tiran á la matanza de unos con otros. Una noticia semejante, aunque sea siempre rumor, es de lamentarse, porque la guerra civil es funesta.

Pero evidentemente que la noticia, así como todas las cosas yankees, tiene su color de hormiga; porque no siguen los movimientos de la guerra, sino los trances peligrosos en que se encuentra la Bolsa. Los cablegramas también son una operación de banca, igual á la destrucción del "Maine."

No es posible que el Comodoro Dewey haya tomado posesión de Manila sin salir averiado en su escuadra, á no ser que los Estados Unidos todo fabrican al vapor, hasta las mentiras. No es carga de los hombros de un yankee imitar á Julio César en la guerra.

Para una victoria tan repentina y completa, fuera necesario que los jefes españoles estuviesen durmiendo el sueño eterno. Poco favor le haríamos á un militar ameritado, como el Almirante Montojo, con suponerlo en tal descuido en tiempo de guerra y en un momento de ser atacado. Ni es concebible esa conducta en hombres sedientos de beber sangre anglo-sajona. Luego es una solemne mentira lanzada al mundo, para mancha de la verdadera historia; ó hubo reñido combate, y de ambos se pescaron muertos y averías considerables. De todas maneras, no es de suponerse una victoria en Filipinas de la escuadra yankee.

Con el Presidente McKinley, muchos diplomáticos han dicho:

Para un triunfo como el que se nos cuenta, se necesitan muchos combates y hasta teñir con sangre americana las olas del Atlántico. Es una bárbara paradoja y una grosera burla, hecha al Comodoro Dewey, la toma tan de sorpresa de Manila. Que haya habido un combate sangriento y que la escuadra americana está presa, es probable; y esto se explica bien, porque nuestros jefes ya no respiran, ni comunican sus acontecimientos. Una victoria tan brillante, aunque no hubiese cable en comunicación, dados los elementos del Comodoro, era para hacerla saber en RED CABLEGRÁFICA ESPECIAL. De ese encuentro, sólo es creíble el número de muertos.

Ninguna posición se han tomado; y si hubo muchos muertos españoles, fué debido á la explosión que hubo en el arsenal, y no á las balas americanas, cuyos buques están á enorme distancia de la bahía, fuera del alcance de los cañones de las fortalezas. Esas noticias, pues, son chuscas é inverosímiles. Luego es á todas luces falsa la noticia de una hazaña difícil de acometerse por una escuadra que es forzada en pleno bloqueo por un infeliz buque mercante. Esto dígalo el "Montserrat."

Los yankees han inventado una nueva manera de pelear en guerra: la revolución la hace la red cablegráfica, merced á la voluntad de los señores directores de la Bolsa, para que no baje la moneda.

Tampoco tendría nada de particular que Manila hubiese sido tomada por la escuadra enemiga: relevarían de los cargos á los jefes españoles que guarnecen la

plaza los poquísimos elementos de guerra disponibles. Con cuatro ó cinco cascajos de buques no era posible derrotar á una escuadra compuesta de acorazados de primera. En este caso es satisfactorio el heroísmo con que han perecido los iberos, yendo á pique y empuñando la bandera española, á cuya sombra murieron dando el último grito de ¡viva España! renovando los eminentes hechos de Trafalgar. Pero tampoco esos acorazados hubieran tomado posesión de un puerto bien fortalecido: si faltaban buques de guerra en la bahía, le sobraban fortalezas que vomitarían balas y fuego sobre el enemigo. A esto añadiremos los muchos torpedos y minas que amurallan la costa, é imposible harían la entrada de los barcos americanos sin ninguna avería al *fui, ví y vencí*, haciéndole segunda al gran conquistador romano.

Además, existen tan encontradas opiniones sobre el particular, que nos encontramos inclinados á no creerlo. Pero todas esas falsedades, debidas á la ineptitud del actual Ministerio español, que desde un principio mostró debilidad, están produciendo la agitación intestina; y lo que no se temería del extranjero, hay que esperar de la guerra civil.

Nosotros sabemos perfectamente que el pueblo español, como en otro tiempo lo hizo con Napoleón I, rechazará las huestes extranjeras; pero al ver á la cabeza á un jefe torpe y débil y perder sus propiedades, desdeciría de su antigua historia, que es un cúmulo de grandezas, y comenzaría por teñir con la sangre de sus gobernantes el suelo.

No se puede atender, desde luego, á una guerra internacional y á un gobernante incapaz de dirigirla. El Sr. Sagasta no ha sabido corresponder á los deseos del pueblo, y es responsable ante la historia de todas las vidas que por su culpa se pierdan. Si otra hubiese sido su actitud contra los Estados Unidos, se hubiera ahorrado sangre y la actual contienda provocada por una nación despótica, dejara de existir. Mas las flaquezas del gobierno liberal han precipitado á España á ese combate horroroso, el que por decoro la nación ibérica aceptó.

En vez de ceder á los caprichos de los norteamericanos á raíz de su gobierno, retirando á Weyler y concediendo la autonomía á Cuba, debía haber contestado con los cañones. Con una energía varonil desplegada entonces, como la que mostró nuestro gran Cánovas, el pueblo yankee lamería hoy sus propias cadenas peor que los cobardes; mas los sentimientos de nobleza han envalentonado á los tiranos, y, tomando descuidada á España, aprovecharon la ocasión para lanzarle el guante. Debido á la efervescencia del pueblo, fué recogido y se trabó la lucha.

Pero en las actuales circunstancias, la actitud del gobierno no satisface en presencia de la guerra; necesita-se más resolución. Increíble parece que un hombre como Sagasta, con tantos años encima, no comprenda que para dar el triunfo á España no hay que perder tiempo, precisa urgir el momento, á fin de impedir que el enemigo se fortalezca. ¡A la acción, aunque no quede ni uno vivo! Alfombrada la tierra con cadáveres, será salva España.

¿Se nos provoca á matar? Hay que ser sanguinarios, que el que gobierna tiene que ser tirano honrado. No vayamos á tener que llorar, como Boabdil en las orillas de Granada. Vergüenza sería perder posesiones, después de tantas glorias.

La calma está fuera de tiempo, es para días más propicios. El pueblo que cifra sus derechos en el poder de las bayonetas, ese será respetable ante el mundo entero: el derecho es la fuerza. El gobierno de los poetas eróticos no ha tenido cabida en el terreno práctico. El que quiera gobernar con sentencias poéticas y con máximas, tendrá que quedar á la luna de Valencia y sufrir una derrota triste.

¿Que entonces nos llamaría asesinos el yankee? Para eso tendrá que lavarse las manos: á un pueblo *lynchador* no le sería fácil arrojar la primera piedra.

Jamás un clavo se remachá con una burbuja de espuma: contra el tirano hay que ser también tirano. Cuando el asesino pretenda asestarnos la puñalada, para esquivar el golpe se responde con otra más certera, de modo que evitemos segunda acometida.

Si esa hubiera sido la conducta del actual Gabinete, era segura la victoria; pero se está dando tiempo al tiempo, cuando ya es llegada la hora de matar. No seamos como las mujeres, buscando compañía para salir á la calle; luchemos solos, que para nosotros solos será la gloria ó la ruina. De ambos modos seremos el asombro del orbe.

Hay que tener presente, para evitar más sangre y dinero:

Con dejar las máximas al clérigo para doctrinar al pueblo en las naves del templo, y comenzar á establecer el rigor de la ley militar, dando principio á la manzana de yankees y prendiendo fuego á vidas y propiedades, será nuestra la victoria y se ahogará la revuelta civil que parece iniciarse.

Hay veces en que se necesita la caridad, pero hay otras en que sólo se utilizan los cañones. Y si en estos tiempos, azarosos para la madre patria, se usa de la predicación, arma de las hembras para los menores de edad, se arruinará España para siempre.

Bancroft Library

Con las balas saluda el yankee: que se responda rompiendo el fuego como tempestad que se desata sobre el enemigo, hasta hundirlo en los abismos de las aguas.

Que al grito de ¡Santiago y á ellos! mueran todos los tiranos, amigos de la esclavitud y de la opresión.

XI

Himno Marcial.

A LOS ESPAÑOLES DE AMÉRICA.

I

El soberbio gigante os provoca
Y el clarín lanza el reto de guerra;
¡Llegó el día! De muertos la tierra
Que se llene al batir del tambor.

Al combate marchad presurosos
Españoles valientes y fieros,
Ya que choquen cortantes aceros,
En la lucha sembrando valor.

CORO

Ya que choquen cortantes aceros,
En la lucha sembrando valor:
Los soldados que nacen guerreros
Morir saben del plomo al fragor.

II

Ya nos llena la mísera alarma
De esa gente tan vil y maldita,
Y en las venas la sangre se irrita
Proclamando el poder del cañón.

Orgullosos los yankees pretenden
Imponernos el yugo de bueyes;
Pero España no tiene más leyes
Que las garras del épico León.

CORO

Pero España no tiene más leyes
Que las garras del épico León,
Y en sus tronos sentáronse reyes
Que supieron borrar un baldón.

III

En las playas ajenas alarde
Hace el yankee, llamándose humano,
Y en su patria con mísera mano
Lyncha y mata á los hombres doquier.

Ahora llama á las puertas de Cuba
Bajo el nombre de paz bendecida. . . .
Y esta raza de gente aguerrida
Con las balas sabrá responder.

CORO

Y esta raza de gente aguerrida
Con las balas sabrá responder,
Porque España, infeliz y caída,
Es la misma bizarra de ayer.

IV

Ni os espanten los gritos de lucha
Que os dirija el cobarde coloso,
En la historia tenéis un glorioso
Precedente que canta el Genil.

Vuestros padres os dieron ejemplo,
A su paso regando victorias,
Y son tantas las épicas glorias,
Que los héroes se cuentan por mil.

CORO

Y son tantas las épicas glorias,
Que los héroes se cuentan por mil;
Y no es digno sufrir las escorias
De la estirpe rastrera y servil.

V

Sacudid la opresión del canalla
Que pretende humillar vuestro orgullo;
De la patria marchad al arrullo,
Cuando suene de guerra la voz.

Es sublime cumplir los deberes
 Señalados con sangre en la frente;
 Y al empuje de mano potente
 Sobre el yankee que ondule la hoz.

CORO

Y al empuje de mano potente
 Sobre el yankee que ondule la hoz:
 ¿Quién hervir en sus venas no siente
 Una sangre que lata feroz?

VI

Habéis sido el ludibrio insolente
 De esa gárrula infame é ingrata,
 Y ya es tiempo que se alce la pata
 Ese viejo y guerrero León.

No se diga que España está muerta
 Y no tiene más hijos la tierra;
 Antes cuanto en el mundo se encierra
 ¡Viva España! le grite al sajón.

CORO

Antes cuanto en el mundo se encierra
 ¡Viva España! le grite al sajón;
 Y al oír la proclama de guerra,
 Que sonoro reviente el cañón.

VII

Quedan gratas memorias, iberos,
De otra lucha, también indomable,
Y al poder eminente del sable
El gran héroe del siglo gimió.

Y hoy, sin mengua, decidle al coloso:
¡Yankees! cuentas darán por millares;
Y de España en los santos altares
Vivirá el español que murió.

CORO.

Y de España en los santos altares
Vivirá el español que murió;
Porque es grande el que tiñe los mares
Con la sangre que el mundo abortó.

VIII

Que del suelo se forme la alfombra
Con cadáveres yankees sin cuento,
Que esto sea el atroz hundimiento
De ese pueblo gigante é infiel.

Ya sus actos llegaron al colmo,
Despertando los odios dormidos;
Y ya se oyen del pecho latidos
Pedir sangre sajona á beber.

CORO.

Y ya se oyen del pecho latidos
Pedir sangre sajona á beber,
Que el ibero no admite bandidos
Que le vengan su ley á imponer.

IX

Enemigo feroz os provoca
Y el clarín lanza el reto á combate;
Rechazad con valor el embate,
La victoria segura al contar.

Sin temores al grito de guerra
Id corriendo á luchar, castellanos:
Que se abracen también los hermanos,
Siempre juren eterna amistad.

CORO.

Que se abracen también los hermanos,
Siempre juren eterna amistad;
Y concluya el montón de tiranos
Al cantar luz aquí y libertad.

: 50783133B

